

BERTA VIAS MAHOU  
YO SOY EL OTRO

BARCELONA 2015



A CANTILADO

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2015 by Berta Vias Mahou  
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, primer plano de José Sáez El Otro vestido de luces.  
Fotografía de Jesús Medina

Este libro fue galardonado con el XXVI Premio de narrativa  
«Torrente Ballester» que otorga la Diputación Provincial de A Coruña.  
Formaron el jurado Ángel Basanta (presidente), José Antonio Ponte Far,  
José María Paz Gago, José María Pozuelo Yvancos, Mercedes Monmany,  
Amalia Iglesias y Jorge Eduardo Benavides



Deputación  
DA CORUÑA

ISBN: 978-84-16011-69-8  
DEPÓSITO LEGAL: B. 26 806-2015

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## PROTESTO UNA VIDA EN LA CUERDA FLOJA

Le llamaban también así. El Patas Putas. Pero sólo los íntimos. Y esto aún hoy día no lo sabe casi nadie. ¿Y por qué precisamente al Patas Putas?, se preguntará usted. ¿Por qué a él y no a otro? Pues por lo mismo por lo que lo hicieron tantos entonces. Por salir de la miseria. Porque era un pelete, un infeliz que no tenía dónde caerse muerto y al que nadie conocía de nada, como yo mismo, un descamisado que de la noche a la mañana se hizo famoso. Y muy, muy rico. Inmensamente rico. Se convirtió en el hombre más envidiado por aquellos tiempos en toda España, además de en uno de los más célebres e incluso venerados en buena parte del extranjero. Porque todo el mundo quería verle y le aplaudía, aunque muchos otros dijeran que no sabía hacer la O con un canuto, que no era más que un payaso. Y, sobre todo, ¡qué caramba!, porque me parecía tanto a él. Sobre todo, por eso. Por eso le imité. Y aún me sigo pareciendo. He visto sus ojos cuando me ha descubierto en el vano de la puerta. Al verme reír. ¿José Sáez?, ha preguntado. Sí. Soy yo. Yo soy El Otro. Mejor dicho, lo fui. Porque ahora...

Ahora no soy más que yo, que es lo mismo que no ser nada. Entonces todo el mundo quería estar cerca de él. Hacerse una foto con él. Tocarle, aunque sólo fuera una punta de la ropa que vestía. Conseguir un botón de su camisa o un autógrafo. Ser como él. Llegar hasta donde él había logrado subir, a lo más alto, aunque mirándolo bien y a pesar de que se movía y aún se mueve mucho, se quedó siempre en el mismo sitio. Pero esto es algo que he sabido ver con el tiempo. De todos modos, nosotros preferíamos

no decir su nombre. Por eso yo sólo era El Otro. Y me hubiera gustado guardar aún más las distancias, no arrimar-me tanto a su personalidad, pero el destino y los que me rodeaban cuando yo era muy joven me llevaron a hacer lo contrario. Fue como si me arrastrara la corriente. Un río caudaloso, con mucha fuerza. A mí no me han reconocido nunca por la calle. Quiero decir que, en el fondo, no me conocían y por tanto no podían reconocermé, por más que creyeran conocerme, convencidos de que sabían quién era yo. Creían que yo era él.

Y en muchas de las fotografías de esa época salgo haciendo muecas, contrayendo el rostro y abarquillando la postura, para parecerme aún más. Es lo que me pedían. En todas partes. Que me pareciera hasta el extremo de que pudieran creer que yo no era yo, sino él. Habrá visto los carteles. Me transformaba, forzando el parecido todo lo que podía. Mis compañeros, mi familia y, sobre todo, mi apoderado no quisieron que aquella casualidad del azar se desaprovechara. Me peiné como lo hacía él, con su mechón rebelde siempre sobre los ojos, me vestí como él, con sus colores, no con los míos, siguiendo su gusto más que el que yo tenía. Y llegué a andar como andaba él, a mover los brazos y las piernas como los movía él, sin mucho esfuerzo, porque algún capricho de la naturaleza parece haber colocado en nuestro interior resortes muy similares. Hasta en el ruedo, sobre todo ahí, en la arena, tuve que desenvolverme tal y como lo hacía él, dando los mismos saltos y haciendo las mismas cabriolas que él, las mismas bufonadas, que era lo que me exigía el público, que no quería más que verle a él.

Llegué incluso a hablar como él, con su tono de voz, con sus palabras, riéndome con su risa, con todos sus dientes. Y en más de una ocasión hasta acabé comiendo lo que él comía, no lo que yo hubiera querido. Los funcionarios, más o

menos importantes, los periodistas, más o menos influyentes, las mujeres, sobre todo las mujeres, de cualquier edad, de cualquier rincón de la tierra, me perseguían, acorralándome, se me apretujaban y, sobre todo ellas, me robaban lo que podían, un trocito de ropa o un beso, aunque después me regalaban su vida. Por los parques, en la barra de cualquier bar o taberna, por las calles de los pueblos y ciudades, en cualquier tienda, en los grandes almacenes, en el hospital, en las comisarías y hasta en el trullo. Y, por supuesto, en las plazas de toros. En las plazas era una locura. Un verdadero delirio. También los niños parecían trastornarse y perdían el juicio. En cuanto alguno me divisaba caminando tranquilamente, daba la voz de alarma o silbaba lo más fuerte que podía y acudían todos los de los alrededores.

Decenas de veces me he visto acompañado por legiones de niños, que gritaban de emoción porque creían que yo no era el que era, sino otro, que yo no era yo, sino el otro. Tuvo muchos imitadores, pero ninguno como yo, porque ninguno se parecía al modelo hasta el punto de que lo confundieran con él. De lejos, con el traje de luces y con el capote, podían dar un poco el pego, emulando su manera de torear y hasta de fruncir las cejas, con la boca casi siempre de par en par, mostrando aquellos dientes blanquísimos, grandes, alegres y frescos. Pero de cerca, cara a cara con la gente, ninguno llegó ni remotamente a lo que llegué yo. Ni siquiera sus hijos. Ni el que ahora lleva su nombre en las plazas y al que él no ha querido reconocer. Él era de Córdoba. Y yo... Yo soy de Jaén. Nací en Pozo Alcón, un pueblecito junto a la sierra de Cazorla, en el año de 1944, aunque, para ser exactos, fue en El Fontanar, una aldea muy próxima a Pozo Alcón. En 1944, insisto. Nada de 1945, como dicen por ahí. Aunque en el fondo da igual. Qué importancia tiene un año más o menos.

Tampoco me crié en El Fontanar, sino en La Caleruela, una pedanía de Villacarrillo con una sola calle y apenas ciento cincuenta vecinos, muy cerca de Santo Tomé. Jaén, y no es porque yo haya nacido allí, es una de las provincias más hermosas de Andalucía. ¡Qué digo de Andalucía! De toda España. Con esos paisajes de tierra a veces blanca, a veces roja, plantados de olivos de un extremo al otro, aunque entonces no eran sólo olivos, que se lo han zampado todo, entonces había trigales y dehesas, y esas hojas de un verde suave, azulado, que cuando reciben el viento asoman su envés de plata. Titilan bajo los primeros rayos del sol de la mañana, con el recencio, aunque también lo hacen al mediodía, cuando el calor aprieta, y en el crepúsculo, cuando la calma del anochecer desciende sobre los campos. Cuando hasta el viento se echa a dormir. O a la luz de la luna y bajo un cielo cuajado de estrellas. Entonces, cuando esas hojas se ponen a temblar, como campanitas, con la más ligera brisa o al compás del zarzagán, la tierra entera se convierte en un inmenso traje de luces.

Le sorprende como hablo. Lo sé. Ya no hablo como él. Ni como hablaba yo cuando intentaba ser como él. Ya no hablo como un pelete. Hablo como quiero. Con palabras de todos los rincones en los que he estado. Con las que fui recogiendo por aquí y por allá, en todos los lugares por los que acerté a pasar. Con las que he robado a muchas de las personas a las que he podido escuchar a lo largo de mi vida, porque se puede decir que es lo único que gané, las palabras, que son como un traje, un buen abrigo, aunque ahora ya no quiero parecerme a nadie ni convertirme en nada. Ahora sólo quiero vivir... Pero a lo que iba. Cuando trabajaba de pastor, de niño y también siendo muy joven, con los pavos, las cabras y los marranillos, me bastaba con las nubes, con el sol, con la lluvia, cuando caía, con el

viento, cuando soplaba para mí solo por aquellos montes. O con la nieve, que hacía que los torrentes bajaran contentos. Como el Guadalquivir, que, ondulante, parecía una serpiente enorme, deslizándose sobre la tierra, entre los árboles, y a veces se volvía loco.

Ahora otra vez me basta con poco, con muy poco, porque he aprendido a vivir de otra manera. O porque he perdido la vida. No sé. Pero como le iba diciendo, entonces yo era pastor y vivíamos en una de esas casas en las que vive la gente como nosotros, los desheredados, una casa que construimos nosotros mismos, con nuestras manos. Yo debía de tener cuatro años y ya andaba haciendo adobe con mi padre y mis hermanos, en el río, que formaba una herradura cerca de donde vivíamos, donde el bueno del tío Reyes, casado con la tía Valentina, hermana de mi padre, arrendó un cortijo. Cuando nos marchamos de El Fontanar para irnos a vivir a La Caleruela... José levanta las manos. Sí. Lo sé. Son enormes. Con razón me llamaban el Manazas, confiesa y se echa a reír. Y aún me lo llaman. Son manos para trabajar. En el campo. O donde sea... Y da con las dos a la vez un palmetazo sobre la superficie de la mesa, riendo a carcajadas. Pero una cosa le voy a decir. Siempre que voy por allí, siempre que vuelvo por los lugares en los que me crié, paso a ver la zahúrda aquella y se me saltan las lágrimas de tristeza y de felicidad.

Éramos como los hombres de las cavernas, de la era del hielo o del neolítico, sólo que no teníamos la mata de pelambre que los cubría a ellos, protegiéndoles del frío y de la lluvia, del desprecio, si es que entonces existía eso, quiero decir, en la edad de piedra o en la del hierro, porque cuando yo era niño sí que existía y hoy en día aún existe. Y mucho me temo que nunca desaparecerá. Los pobres deberíamos nacer con tanto pelo como un mamut. Pero al grano. Que

me desvío de lo que tengo que contarle. Cada día muy de mañana yo me iba con las cabras por el campo, y la vida me parecía buena, siempre que no me cruzara con alguno de los señoritos. Por eso me gustaba irme por ahí con los animales o con los otros mozos, para perderlos de vista, aunque en mi pueblo no es que hubiera muchos, pero sí los suficientes como para que nos parecieran una verdadera peste. Pero otra vez me descarrié. Como le decía, cada día muy de mañana yo me iba con las cabras. Con la merienda para todo el día. Un pedazo de pan seco, que había que mojar en algún arroyo, y una cebolla. O un poco de tocino rancio.

Y todos los días eran muy parecidos entre sí, condenadamente parecidos, pero una tarde, cuando me tumbé a echar la siesta, mientras los animales también lo hacían, reventado de andar por ahí, monte arriba y monte abajo, el árbol de los ojos de repente me empezó a hablar. Porque los árboles discursen, ¿sabe usted? Sí. Sí. No lo dude. Los árboles parlamentan, sueltan conferencias de vez en cuando y hasta entablan diálogos entre sí, aunque sólo los oye quien sabe escuchar. Sólo los entiende el que cultiva la paciencia, una de las mayores virtudes de este mundo. Como es uno de los mayores pecados no tenerla, según he podido leer por ahí. Pero no hablemos ahora de lo que dicen los libros, que de eso sin duda sabe usted mucho más, sino de cómo disertan y charlan los tallos leñosos y las copas de los árboles. Cuando el sol empieza a bajar, en invierno a eso de las cuatro, luego hacia las cinco o las seis y cada vez más tarde a medida que se acerca el verano, se levanta una ventolina que con frecuencia vuelve lenguaraces a los árboles.

Las palmeras son cotillas por naturaleza. Se susurran indiscreciones y frotan las palmas por la emoción de saber algo nuevo, aunque lo hacen con disimulo, a la deshilada, para que ni un alma se entere de lo que se están contando,

para que nadie sepa que parlotean entre sí, que se pasan los chismes de una a otra, formando bolas cada vez más grandes. Y a menudo balancean la corona, chismorreando de placer y riendo, sacudiendo esas hojas que parecen los mechones de una cabellera verde y dura, salvaje. Y, por ejemplo, los bosques a veces se enfadan, rugen y sacuden su espesura, aunque otras dan conciertos. Los mejores que he escuchado yo, quitando los de Bach, naturalmente, y es que la radio ha operado milagros en pobretes como yo, ha sido entre pinos y eucaliptus, cuando los cencerros y los golpes de las pezuñas de las cabras resuenan en las rocas, sobre el rumor de las piedrecillas y los chasquidos de los cascajos que los animales hacen caer rulando y dando botes cuando triscan y ramonean por una ladera escarpada, entre los troncos ásperos.

Pero me voy por las ramas, y nunca mejor dicho, de modo que a lo que iba. Una tarde me tumbé a echar la siesta y el árbol de los ojos me habló, aun sin que se levantara ningún ventarrón, aun estando muerto, sin hojas. Me habló con los ojos, esos ojos que con los años se le habían ido abriendo por todo el cuerpo de leña, heridas sin sangre, cicatrices inútiles, entre costras de toda una vida al raso. Me susurró que saliera de allí. Y fue esa misma tarde cuando decidí cambiar de vida. De pronto quise que me respetaran. Una tontería, ya ve. Y el camino más fácil me pareció el de los toros, porque era uno de los pocos que en aquel entonces se abrían para la gente como yo. La idea de imitarle a él vino después, fue del apoderado, porque cuando el otro empezó a despuntar, a ser famoso y después muy famoso, y por fin el más famoso, mis amigos y algunos de los compañeros en la Escuela Taurina en la que recalé no tardaron en darse cuenta del parecido que había entre nosotros e insistieron para que fuera al cine, a verle. Fue como verme a mí mismo en un espejo enorme.